



Comisión Nacional Estratégica
Partido Por La Democracia

Convocatoria al Congreso Doctrinario

Hoy nos encontramos en el fin de un ciclo de 30 años, marcado por el triunfo del NO y el surgimiento del Partido Por la Democracia. Ciclo histórico que ha sido considerado el más exitoso y potente de la historia de Chile. Hoy, también se inicia un nuevo ciclo cuyos parámetros y disyuntivas están aún en gestación, por ello, es que la derrota de la centroizquierda recientemente sufrida es más que electoral, es política y puede tener consecuencias estratégicas. También hay quienes ven en ella una derrota cultural por no saber interpretar los signos de los tiempos, incluso la situación del PPD no obedece tanto al resultado electoral reciente, sino que viene de antes por otros factores relacionados con el cambio de ciclo.

Lo que está claro es que tanto la centroizquierda como el PPD tienen que reinventarse.

¿Por qué reinventarse?

Como nunca se han reunido razones de todo tipo, lógicas y emocionales, para decir que la centroizquierda tiene que reinventarse a riesgo de perder el poder por mucho tiempo y no ser capaz de construir las mayorías necesarias para profundizar el camino reformista que el país necesita. Es difícil, pero esta debiera ser la prioridad coyuntural de todos sus actores.

Hay por lo menos 5 razones que obligan a reinventarse: el futuro ya está aquí cambiando todo y tenemos que aprender a hacer política en medio de esta sociedad consumista, mediática, con tecnologías avanzadas y realidades virtuales; Chile cambió, los chilen@s son distint@s y la política aún no se da cuenta; se ha consolidado una ruptura dramática entre política y sociedad, tanto que la gente habla ya de ellos (“la clase política”) y nosotros; hemos sufrido una derrota electoral y política que pudiera llegar a ser estratégica y eso es por que cometimos errores, los cuales debemos corregir para hacer bien las cosas; y quizás lo más importante, tenemos un problema entre política y ética que es necesario enfrentar seria y sabiamente para recuperar y revalorar el rol de la política.

Consideramos que un buen punto de partida para este ciclo histórico lo constituye “LA AGENDA 2030, PARA EL DESARROLLO SOSTENIBLE: TRANSFORMAR NUESTRO MUNDO” de las NACIONES UNIDAS, como un nuevo paradigma del desarrollo que cuestiona en sus cimientos al neoliberalismo y al expresar consensos culturales, científicos y políticos muy relevantes puede ser, si nos proponemos, un piso básico compartido por el mundo de la centroizquierda para enfrentar este nuevo ciclo histórico que recién se inicia.

Al mismo tiempo, el progresismo de centroizquierda socialdemócrata se encuentra tironeado entre el atractivo que produce el Frente Amplio por su novedad, fresca y limpia, y aquellos nostálgicos de la vieja concertación que de manera acrítica creen que bastaría reeditarla: la solución no está ni en uno, ni en el otro, sino que está en hacer una introspección y retrospección de lo que hemos sido para de ahí hacer surgir una respuesta propia.

Quizás sea bueno recordar ahora lo que fue el proceso de renovación socialista en los años 80, que estuvo en la base de todo lo que sucedió en este ciclo de 30 años, para promover algo parecido en la actualidad. Todo indica que hoy será necesario esfuerzos de la dimensión a los realizados al fundarse la “Concertación por el No” y luego “por la democracia”, en su profundidad, generosidad, superación de prejuicios y renovación, pero por sobre todo en la intensidad de la voluntad política que se puso en esa tarea: Necesitamos un esfuerzo de voluntad equivalente al de esa época. Paralelamente, como el futuro ya está aquí y como el país cambió y nosotros no, definitivamente nosotros tenemos que cambiar para poder innovar y tener la creatividad suficiente que exigen las nuevas respuestas.

Hemos tomado una decisión valiosa que es mirar al país y mirarnos nosotros como una prioridad de la actual coyuntura política. Adelantémonos aprovechando una de las virtudes que el PPD aún mantiene que es nuestra apertura de mente y la sensibilidad a las nuevas realidades sociales. Por eso tenemos que partir escuchando con oídos bien abiertos las nuevas realidades.

Renunciando a los caminos fáciles como son creer que las cosas se solucionan escondiéndolas debajo de la alfombra o creyendo que como al final estamos todos contra Piñera, eso arreglará todo, o esperando un nuevo candidato mágico que nos solucione todas las dificultades. Al contrario, nosotros queremos un cambio real, no cosmético, ni solo publicitario. Queremos vivir un verdadero PROCESO de reflexión, mirada crítica, generación de nuevas prácticas, debate y rediseño del PPD.

I. El PPD es un partido de valores, progresista y de concepción democrática

En Chile, la idea del Progresismo fue promovida políticamente por nosotros y esto fue muy decisivo porque el progresismo se instala como contradictor del conservadurismo, así como sucede entre democracia y dictadura o entre derecha e izquierda. Los progresistas son libertarios y los conservadores son autoritarios, esta mirada significó una tremenda renovación de la izquierda en un sentido libertario en la medida que la izquierda nunca dejó de tener un “tufillo” autoritario en el pasado, con lo cual se la vino a refrescar en el Chile de los noventa. Además, el progresismo significó modernización y una mirada puesta en el futuro.

El PPD tiene una “ideología” DEMOCRÁTICA desde su nacimiento, incluso cuando se le consideró instrumental, ese es su origen fundacional. Luego se dijo muchas veces que era un partido “programático” o “pragmático” porque se le comparaba con las ideologías tradicionales que constituían doctrinas acabadas y cerradas, verdaderas ortodoxias y muchas veces dogmas.

La democracia está en nuestro ADN: es lo que hemos sido. La democracia como idea, como valor, como utopía. No entendida como mero orden político y jurídico, o como procedimientos, ya que eso lo comparten casi todos. Sino como sistema social y forma de vida. También como proceso, como actuar democráticamente, como ejercicio y como experiencia. Sistema de ideas democrático que afecta lo económico, lo cultural y lo social, que quiere una “sociedad democrática”, no solo como estructura del poder político, sino entendida como la gran revolución democrática de la modernidad que es el motor de todas las conquistas de mayor libertad e igualdad logradas en los más distintos ámbitos. La democracia como única utopía exitosa ante el fracaso o ruina de todas las demás, más allá de sus “crisis” recurrentes.

La TRANSFORMACIÓN DEMOCRÁTICA que caracterizó a la modernidad en cuanto a la legitimación de los principios de libertad e igualdad en el imaginario social como un nuevo sentido común, es la base de cualquier construcción política progresista. Luego de que el principio democrático de libertad e igualdad se convirtió en una nueva matriz del imaginario social, estos términos se han ido extendiendo a cada vez más ámbitos. De hecho, la nueva concepción “socialdemócrata” de la realidad, que ha llegado a ser predominante en la era moderna, cambió profundamente el sentido común con su exigencia de derechos sociales, lo que ha permitido

la extensión de las demandas dirigidas al estado, una vez que fue aceptada la responsabilidad de éste por el bienestar de los ciudadanos: es la noción misma de ciudadanía la que ha sido modificada con el Estado de Bienestar, puesto que ahora se atribuyen al ciudadano “derechos sociales”.

Luego han surgido un conjunto de “nuevas demandas” en el ámbito de los derechos de la mujer, la ecología, los consumidores, la diversidad sexual, de la regionalización, de los pueblos indígenas, en la libertad de expresión, en la libertad de culto, y múltiples derechos y libertades en salud, sexualidad, familia y otros, que apuntan a terminar con discriminaciones y abusos. Una nueva cultura democrática que lleva los deseos de libertad e igualdad a un número crecientemente amplio de relaciones sociales, constituyendo ello una profundización en la transformación democrática antes señalada.

Lo que sucede aquí entonces, para decirlo explícitamente por si alguien no se ha dado cuenta, es que estamos frente a un vuelco “teórico” significativo: no se trata de un Proyecto Socialista de carácter democrático, sino que estamos hablando de un Proyecto Democrático lleno de contenidos socialistas, pero, también y por igual, lleno de contenidos feministas y ecologistas entre otros.

Tanto así que lo más aproximado a una doctrina fue que asumimos como “doctrina” fundadora los Derechos Humanos, en todas sus generaciones, adelantándonos en la concreción de lo que se ha llamado la tercera y cuarta generación de derechos, por lo cual fuimos siempre más sensibles a las causas emergentes como diversidad sexual, derecho a la ciudad, pueblos originarios, entre otros. Además, expresamos la confluencia de las corrientes de pensamiento socialistas y liberales, así como nos adelantamos en la asunción más estructural de los nuevos paradigmas que el feminismo y el ecologismo nos traen como respuestas actuales y futuras. Somos herederos también de las tradiciones SOCIAL-demócratas, SOCIAL-cristianas y liberales – igualitaristas.

Tenemos que asumir autocríticamente que este ethos del PPD nunca fuimos capaces de sistematizarlo adecuadamente en una nueva síntesis teórica y conceptual, lo que nos hizo ver como una opción que hace una simple suma de causas diversas. Algunos piensan que la democracia no es una “ideología”. Lo que aquí estamos proponiendo hacer es justamente convertirla en principios y una conceptualización más rigurosa y sistemática, como desafío y aporte teórico.

La socialdemocracia es sin duda la fuerza progresista más relevante del siglo XX, pero hoy se encuentra en crisis de identidad y cuestionada por el surgimiento de múltiples alternativas a su alrededor. Su crisis está marcada por una dificultad para interpretar bien a las nuevas sociedades surgidas las últimas décadas y para ponerse en la avanzada de los grandes cambios epocales en vez de ser arrastrados por ellos. Ha sido una visión de izquierda muy elitista y en muchos sentidos anacrónica porque no tiene respuesta a los nuevos desafíos del siglo XXI.

Por eso tenemos que generar una nueva síntesis cultural de esta tradición socialdemócrata que estuvo basada en la convergencia de las vertientes de pensamiento socialista y liberal, con nuevas visiones. Si bien originalmente estas nuevas visiones fueron consideradas como meros temas a agregar a un listado, hoy constituyen pensamientos acabados con gran influencia en el cambio de mentalidad actual. Tanto el cuestionamiento a la “sociedad patriarcal” iniciado por el feminismo, como la mirada ecológica y los nuevos paradigmas del desarrollo que cuestionan la “religión del crecimiento” para poner en el centro la felicidad, el bienestar, la convivencia y la vida buena, constituyen todas ellas verdaderas ciencias o cuerpos de conocimientos estructurados.

El cuestionamiento que hace el feminismo a la SOCIEDAD PATRIARCAL constituye, sin duda alguna, uno de los sustentos culturales más sólidos para la formulación de una “ideología” democrática. Si bien la tradición de pensamiento socialista y liberal ha colaborado a la explicitación teórico de una visión democrática es claro, hoy día, que estas no logran capturar completamente las realidades del mundo actual, pero sobre todo son insuficientes para expresar la intensidad y profundidad que puede tener un proyecto democrático. El

cuestionamiento del patriarcado es sin duda una de las afirmaciones más claramente anti-autoritarias, al poner en cuestión toda forma de dominación, opresión, sometimiento y discriminación, ya que al hacerlo reivindicando a la mujer termina reivindicándolo para todo el mundo. Lo cual permite una afirmación positiva de una relación horizontal e igualitaria entre todos los seres humanos.

También es evidente que el feminismo se consagra como el movimiento social más amplio, significativo y poderoso en el siglo XXI, así como lo fue el movimiento social de los trabajadores en el siglo XX (sindicalismo: movimiento sindical y organización sindical) en la reivindicación de mayores igualdades y libertades en la sociedad. El feminismo además constituye un movimiento social de mayorías, porque las mujeres son más de la mitad de la población. Eso no impide que sigamos impulsando la lucha contra la discriminación de las minorías, llámese éstas pueblos indígenas, diversidad sexual, migrantes, entre otras.

La democracia, en fin, es una innovación, una matriz creativa. Por ello, el cambio creativo emerge como la metodología para realizar transformaciones en democracia. Es probablemente la innovación más grande de la modernidad. La democracia es también una utopía, ¿qué significa eso? Que la democracia, aunque exista hoy, también puede ser un sueño, por cuanto la calidad de la democracia puede tener muchos grados, hasta un nivel tan superior que no existe en ninguna parte.

La democracia es un proceso que puede avanzar, pero también retroceder. La democracia tiene que darse en más dimensiones en nuestra vida que la meramente política, tanto a nivel social como cultural: una ciudadanía activa acorde a las nuevas necesidades y oportunidades. La promesa democrática no debe referirse solo a las reformas estructurales o transformaciones institucionales, sino que también en la democratización de los lazos sociales y de las interacciones cara a cara, poniendo en cuestión su carácter jerárquico-verticalista naturalizado históricamente. Una democracia también más sensible con las personas, con los afectos y las emociones.

La “ideología democrática” y el progresismo son sin duda lo que más caracteriza o identifica al PPD. Definir que este es de izquierda o centro izquierda, es una distinción que en el debate aparece como menos relevante, no nos distingue suficientemente respecto a los otros que se declaran de izquierda o de centro izquierda. Sin embargo, probablemente el PPD habría que decir que siempre fue de izquierda, pero una izquierda completamente distinta a la tradicional, mucho más abierta, innovadora, colorida, moderna, libertaria y sensible a las nuevas realidades. Una izquierda que por sus propias características le habla a un mundo más amplio que la izquierda tradicional, representando social y culturalmente a un mundo de centroizquierda.

II. Las transformaciones del País

Las transformaciones que se han impulsado en el país, buscando establecer un conjunto de derechos sociales y su financiamiento; que apuntan a terminar con desigualdades, discriminaciones y abusos intolerables, no constituyen como algunos han dicho reformas radicales o transformaciones estructurales profundas, sino que responden más bien a medidas que nos acercan tímidamente a los países desarrollados y que son medidas prácticamente civilizatorias y de lo que podríamos llamar una sociedad decente. La verdad es que debido a la manera extrema en que se instaló el neoliberalismo en Chile, nos ha costado muchísimo comenzar a salir de ahí.

Valoramos inmensamente la obra de la Concertación por la Democracia, que cambió para siempre el rostro del país con un gran crecimiento económico, superación de la pobreza, inclusión y modernización, que significó avances sociales significativos. Llegó un momento, sin embargo, en que no fuimos capaces de presionar en la

dirección de un salto mayor hacia la conquista de determinados derechos sociales garantizados. Quizás, el énfasis en una gobernabilidad muy elitista y la burocratización de nuestra coalición, producto de su distanciamiento de las realidades sociales, hizo que no pusiéramos a tiempo en la agenda esos objetivos mayores.

En los últimos 31 años la economía chilena ha crecido por 4 veces como nunca antes en la historia de Chile, con la excepción de los años 1999 y 2009, en que producto de crisis internacionales nuestra economía decreció. Así mismo para el mismo periodo la pobreza ha disminuido desde un 45% de la población bajo la línea de la pobreza a un 11%. Grandes logros de la política chilena. Sin embargo, nos queda una gran tarea pendiente, superar la desigualdad, la concentración del ingreso y del poder que son su causa directa.

En materia de distribución del ingreso, utilizando el indicador GINI, hemos avanzado muy poco, en 1990 este indicador marcaba 0.52 y el 2017 marcaba 0.48. Pero lo más grave de este indicador es que comparándonos con Europa, nuestro indicador no se mueve sustantivamente antes y después de impuestos. En la OCDE antes de impuestos este indicador es de 0.51 y después de pagar los tributos baja a 0.33. En Chile antes de impuesto es 0.51 y como ya lo dijimos después de pagar estos sólo baja a 0.48 (cabe recordar que este indicador cuando se acerca a 0 es plena igualdad y cuando se acerca a 1 es plena desigualdad). A manera de ejemplo, señalamos solo dos indicadores de desigualdad; según las Naciones Unidas el 1% de mayores ingresos captura en Chile el 32% del ingreso nacional mientras que el 20% de la población de menores ingresos captura sólo el 8% de dicho ingreso nacional.

De acuerdo a la última encuesta de la asociación de Investigadores de Mercado que clasifica a las familias chilenas de acuerdo a sus ingresos, el 50% de estas familias vive con menos de \$500.000 al mes y el 75% de las familias chilenas vive con menos de \$900.000 al mes. Las razones de este escenario son múltiples, pero existen algunas claves. Una forma de redistribuir es al interior de las unidades económicas, pero mientras tengamos una tasa de sindicalización de sólo el 20% de los trabajadores y más grave aún, que sólo el 8% de estos negocia su salario colectivamente, la brecha permanecerá. Así mismo no obstante la reforma tributaria de Bachelet aún queda mucho por hacer en esta materia, particularmente un impuesto patrimonial a los "súper ricos" que financie una política de derechos en educación, salud y pensiones.

La realidad es que, después de todo esto, hoy se coincide en que hay un cambio de ciclo político. Aparentemente una de sus características estaría marcada por la irrupción de más y nuevos "sectores medios" surgidos de ese 40% de la población que salió de la pobreza y las distintas interpretaciones respecto a sus deseos y demandas. Chile es hoy más rico que nunca en su historia y es natural que tod@s quieran y aspiren a ser parte del salto al desarrollo y de la mayor riqueza que el país tiene. Ahí está la inquietud y el malestar. Así de simple.

Efectivamente quienes recién salieron de la pobreza, temen volver a caer en ella o sienten que ya pueden "vivir" pero no pueden surgir. Si la situación económica desmejora se acentúa el temor y si mejora se acentúa la frustración. Por eso no es extraño, cosa que sorprende a muchos, que los mismos individuos sean estatistas para unas cosas, y pro mercado y consumo para otras. Quieren derechos sociales garantizados por el Estado, pero también el acceso disponible para ir más lejos a todos aquellos que se lo propongan con más crecimiento y emprendimiento. Quieren protección, pero también más oportunidades. Que los chilenos quieran reformas para una mayor igualdad y tener derechos sociales no significa que no quieran modernización. No son optativas. En realidad, es más y mejor modernización que supone tanto consumo como derechos.

La respuesta hay que buscarla poniendo el bienestar colectivo, así como el bienestar individual y familiar por delante, donde se articule bien el esfuerzo por más igualdad y derechos con más crecimiento económico, en que ambos valen y se justifican por producir mayor bienestar, que es lo que a las personas realmente le importa. Que el punto de partida neoliberal, sea fuerte, hace que sea prácticamente inevitable una dirección

socialdemócrata del curso del país. Así es si uno mira el programa de Alejandro Guillier, como también el de Beatriz Sanchez, así es también como a Piñera se le hace tan difícil evitar esa dirección de las cosas.

Quizás por ello sea muy viable buscar acuerdos amplios en la diversa oposición al actual gobierno entorno a una AGENDA POSTNEOLIBERAL.

III. El Gobierno de Michelle Bachelet

Consideramos que la obra del Gobierno de Michelle Bachelet es muy relevante, desde el punto de vista de iniciar un nuevo periodo histórico en Chile, al realizar reformas que significan efectivamente el salto que la Concertación no dio a tiempo para introducir transformaciones que empiezan a establecer derechos sociales indispensables, característicos de un país desarrollado y que dan inicio a una efectiva transición de Chile al desarrollo.

Lamentablemente, este esfuerzo no fue acompañado de una capacidad para hacer política, buscar acuerdos, diseñar adecuadamente, gestionar y comunicar mejor las reformas, por lo que se fue perdiendo el respaldo mayoritario y se facilitó la acción de los poderes facticos más conservadores y retrógrados.

Así también los graves problemas de probidad y corrupción que aquejaron a todo el sistema político, pero que golpearon con más fuerza a la trayectoria de la Concertación y la Nueva Mayoría, en la medida que la ciudadanía que respalda electoralmente a este mundo es mucho más sensible ante esos hechos que el electorado de la derecha. Problema ético político que terminó dañando gravemente a este sector.

Tendríamos que señalar que la pérdida de la capacidad de hacer política del gobierno y la coalición terminaron afectando duramente el rol de los partidos políticos, con una pérdida de poder gigantesca, así como también el rol de los movimientos sociales.

Nuestra conclusión es que las causas de la derrota está antes que todo en “no hacer bien las cosas” y en “no hacer las cosas éticamente”.

Asimismo, por falta de conexión con la nueva sociedad no visualizamos la demanda por “seguridad ciudadana” y la valoración de los temas de crecimiento y empleo, al menos discursivamente. Déficits de campaña que con la dispersión de fuerzas del progresismo no proyectaron gobernanza.

IV. Los desafíos políticos

- **El gran reencuentro de sociedad y política.**

Así como se ha diagnosticado la “gran ruptura” entre política y sociedad, resultado de una república muy elitista y de una idea de gobernabilidad acotada y limitada a la política y los poderes facticos, en vez de una gobernanza multiactores y multinivel que incorpore activamente a la sociedad civil, la movilizadora como la organizada, y a la ciudadanía en general. Esto ha sido tanto que muchos han dicho que tenemos cada vez más partidos que son como “un socialismo sin sociedad” lo que es una contradicción en sí misma. Los sectores políticos se han jibarizados y separados de sus referentes sociales, al mismo tiempo, que han sido débiles para mantener su autonomía respecto a los poderes facticos. Todo esto ha hecho alejarse del

interés primordial por responder a las necesidades concretas y cotidianas de las personas, a quienes nos debemos.

La nueva constitución debiera superar la republica elitista, y abrir espacios a una política articulada con lo social, donde la forma de hacer política cambie hacia practicas más valoradas por la gente y eficaces para actuar con una multiplicidad de actores sociales, ciudadanos y también estilos de vida diferentes. Una política sensible que fortalece una “democracia de las emociones” y que entiende que “la razón se construye socialmente producto de una deliberación no determinada”, y menos aún de manera tecnocrática o populista.

- **Convergencia Progresista: unidad en la diversidad**

Nuestra orientación permanente apunta a la convergencia del progresismo tanto de centro como de centroizquierda y de izquierda, en pos de construir mayorías sociales y políticas por los cambios. La realidad, sin embargo, no hará fácil avanzar. Tenemos que rescatar una vez más la sabiduría de la historia en cuanto aplicar el concepto de “unidad en la diversidad” como única posibilidad de avanzar. Probablemente esto se dé de manera distinta al pasado reciente. Tenemos que estar abiertos a que las coaliciones puedan ser de distintos tipos: coaliciones históricas como fue la Concertación por la Democracia o el Frente Amplio en Uruguay; coaliciones programáticas en torno a un gobierno; o coaliciones meramente electorales.

Lo importante hoy es dar inicio a un reaprendizaje de colaboraciones concretas entre todos los actores a partir de la dispersión actual. Nos parece, finalmente, que un primer estadio de avance podría ser concordar una AGENDA POS NEOLIBERAL precisa y puntual del conjunto de la oposición: la cual debiera estar precedida sin duda por el desafío pendiente de una NUEVA CONSTITUCIÓN.

- **Los desafíos éticos políticos**

Cómo se hagan los cambios es decisivo en los resultados y su permanencia. El camino, los modos y las formas más que los fines parecen ser lo que garantiza la profundidad y sostenibilidad de las transformaciones.

Las formas son decisivas. No basta con fijarse contenidos, fines y objetivos potentes. Cómo se hacen las cosas, las formas, los modos, la manera, el camino son determinantes. ¡La forma hace al fondo! Eso tenemos que aprenderlo de una vez por todas.

He ahí otra característica de un progresismo reformulado. Se podrá decir que es un desafío de la política toda frente a la sociedad de la información y sus exigencias de transparencia y probidad. Pero la decencia puede ser justamente una “seña de identidad” del progresismo del siglo XXI, reencontrándose con tantas historias de ética, épica y estética que marcaron este mundo en el pasado. Y, sobre todo, coherencia con la forma más importante de todas: el protagonismo de las personas individual y colectivamente hablando. Llámese, esto último, comunidad, ciudadanía, sociedad civil, movimiento social, el pueblo o la gente.

El tema de fondo es que tenemos que recuperar la autonomía de lo político frente a la economía, pero sobretudo la autonomía respecto al poder económico.

- **La radicalidad democrática**

Significa llevar los valores de libertad e igualdad no solo a nivel político y social, sino que también a lo económico y cultural.

Queremos extender la democracia a los más diversos ámbitos de la sociedad como nos lo plantea, por ejemplo, el feminismo; queremos profundizar la democracia a nivel económico y social promoviendo una “sociedad de derechos” y un estado de bienestar y queremos diversificar la democracia, donde se sume a la democracia representativa, la democracia participativa, democracia deliberativa, la democracia local, la democracia directa donde sea viable aplicarse , así como las múltiples nuevas formas de horizontalidad de

los procesos democráticos que involucren a los ciudadanos en las decisiones que permitirá la revolución digital (democracia tecnológica).

En tanto la democracia es un proceso progresivo y complejo de empoderamiento ciudadano, las formas de democracia directa asumen mayor relevancia a nivel local. Un partido democrático deberá priorizar el poder local y regional, innovando en procedimientos que sean eficaces y probos.

- **El futuro ya está aquí.**

Y si bien todos hablan cada vez más de tenerlo presente, esto aún sucede poco o solo se hace presente como desafíos e incógnitas que vendrán. Lo que importa es poner al progresismo en la avanzada de ese futuro y no como sucede hoy, llegando siempre tarde. Tenemos que ser capaces de aterrizar las oportunidades que nos abren los cambios tecnológicos. Por ejemplo, hoy todo camina hacia una mayor horizontalidad donde las cosas se construyen de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo; el internet permite que los cambios personales se viralicen de una manera mucho más masiva que en el siglo pasado; y también permite darle una base material a la “noosfera” espacio espiritual y racional de comunicación entre los seres humanos que podría permitir desarrollar una “inteligencia colectiva” de la humanidad sin precedentes.

Un partido progresista que busca interpretar los anhelos simultáneos por más oportunidades y más protección debe liderar el debate y las soluciones para enfrentar los cambios en el trabajo como consecuencia de la aceleración tecnológica. Es un tema central: como señalan los socialdemócratas suecos, ellos buscan la protección del trabajador, no del trabajo. Enfrentar el cambio rapidísimo, implica diálogo social, prospectiva tecnológica, entrenamiento, protección durante la transición del trabajador, innovación, mas inversión en investigación, estado activo, coordinación estado empresa universidad. Tenemos que colocarnos a la cabeza de las transformaciones tecnológicas que como la revolución de la inteligencia artificial volverán a cambiar no solo el modelo capitalista global sino también la estructura laboral y la subjetividad de las personas.

Valoramos inmensamente, por ello, el Congreso del Futuro en cuanto ha contribuido con la democratización del futuro y apoyando iniciativas para que la ciencia esté al servicio de oportunidades únicas que tiene nuestro país.

V. La reinención del PPD

El PPD se encuentra en una de las mayores encrucijadas de su historia, sus problemas no obedecen al mal resultado electoral reciente, sino a razones de más larga data.

De hecho, nuestro cuadro electoral más allá de la baja en la elección reciente de diputados, el PPD hoy día, tiene la bancada de senadores más grande junto a RN y al PS. Tenemos también 35 Alcaldes, cifra similar al PS. Contamos con 229 concejales, que es una leve disminución de lo que teníamos antes y 27 CORES. Y si bien nuestra caída porcentual en la elección de diputados quedando aproximadamente sobre el 6% de la votación total, ello igual nos pone en el quinto lugar del conjunto de los 30 partidos políticos de Chile. El problema no está ahí entonces.

Si bien es cierto que el proyecto de país que pueda volver a convocar a mayorías es fundamental y este tiene que ser capaz de articular bien crecimiento e igualdad, en pos de un mayor bienestar de la población, nuestra dificultad mayor no está ahí.

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? y ¿a dónde vamos?, es una pregunta válida, pero pareciera que de repente la pregunta fundamental se ha transformado en ¿cómo somos?

Nuestra visión de una democracia amplificada y de nuevos paradigmas del desarrollo que ponen en el centro la convivencia, el buen vivir y la felicidad son miradas muy atractivas, pero vuelve a aparecer el ¿cómo hacemos las cosas?

Tenemos que recuperar lo mejor de nosotros y replantear nuestra identidad. EL PPD fue un fenómeno similar o mayor a lo que es el Frente Amplio hoy en día, tuvimos una identidad muy atractiva, como la que más. Pero eso quedó en el pasado, hoy necesitamos reinventarnos respondiendo a los deseos y causas del Chile de hoy, como lo hicimos en el pasado, poniéndonos en la avanzada de esos desafíos. Tenemos que volver a ser novedad, pero llena de contenidos. El PPD tiene que decidir si además de ser una fuerza del cambio progresista, doctrinariamente democrática se define también como feminista, ecologista y regionalista.

Para avanzar en ese objetivo tendremos que asociarnos con múltiples otros actores, tanto políticos como ciudadanos. También tenemos que revisar el tipo de partido que queremos ser para cumplir ese objetivo. ¿Qué es ser militante hoy día? Tenemos que mirar nuestras maneras de aplicar la democracia en nuestra vida interna, la necesidad de una ética relacional coherente con nuestros valores, y la reforma correspondiente de los estatutos.

Pero lo más relevante es que tenemos que hacer del documento que emane de nuestro congreso algo vivo, algo vivo en nosotros, para ser verdaderos agentes del cambio.

¡CAMBIEMOS POR LA DEMOCRACIA!

¡A EXTENDER, PROFUNDIZAR, DIVERSIFICAR LA DEMOCRACIA!